

Testimonios

EL MOVIMIENTO DE MUJERES AGROPECUARIAS EN LUCHA

Las mujeres en la protesta rural en la Argentina*

Norma Giarracca**

Miguel Teubal***

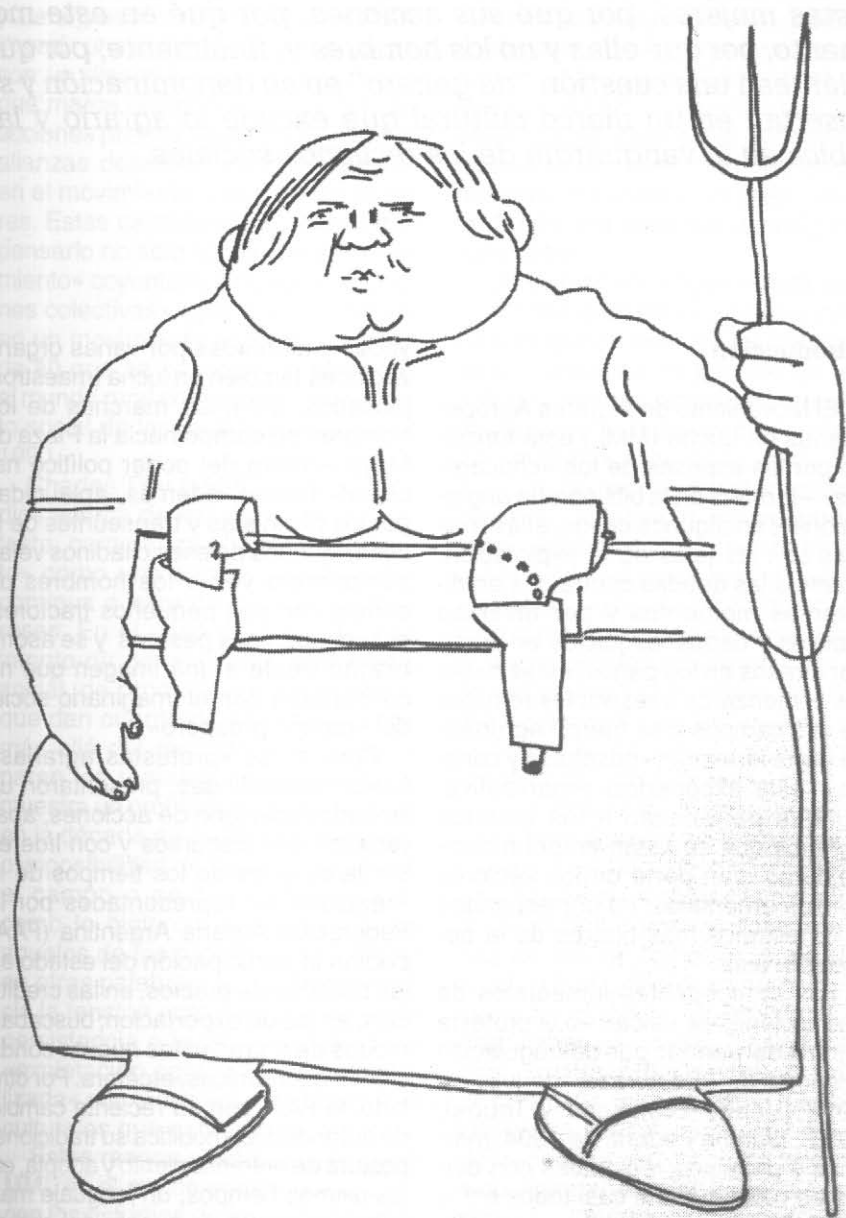
La crisis a la que sometió la desregulación económica a los pequeños y medianos productores agropecuarios dio origen a un singular movimiento de protesta en el medio rural: el de las mujeres, esposas de productores, trabajadoras o jefas de explotación. Este trabajo intenta aproximarse a las cuestiones de su origen, su articulación y la ampliación de sus

*Trabajo presentado en la 3rd Conference of the Association of Iberian and Latin American Studies of Australasia. The University of Auckland. New Zealand, 17-19 July 1997.

**Socióloga, docente investigadora del Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.

***Economista, investigador del CONICET en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires.

Los autores agradecen a las protagonistas del MML la predisposición para que este trabajo fuera realizado.



demandas –primero estrictamente reivindicativas en lo sectorial– hacia reclamos más abarcativos. Pero también pretende responder a los motivos que dieron lugar a la lucha de estas mujeres: por qué sus acciones, por qué en este momento, por qué ellas y no los hombres y, finalmente, por qué plantean una cuestión “de género” en su denominación y se insertan en un marco cultural que excede lo agrario y las ubica en la vanguardia de los reclamos sociales.

Introducción

El Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML) está formado por las esposas de los «chacareiros» –farmers en la bibliografía anglosajona–; en algunos casos, ellas mismas son las jefas de la explotación. Frente a las deudas contraídas en diferentes momentos y por diversos motivos y dados los juicios en curso por atrasos en los pagos, estas mujeres comenzaron a resistir los remates de sus campos y se fueron agrupando hasta formar un «nosotras» y constituir esta experiencia organizativa. Aunque pertenecen a los estratos agrarios que se están empobreciendo como gran parte de los sectores medios argentinos, no corresponden a los estratos más pobres de la población rural.

Los antecedentes inmediatos de sus acciones se ubican en la protesta agraria del período pos desregulación económica: «tractorazo» de julio de 1993 (Véase Giarracca y Teubal, 1995); Marcha Federal de 1994; marchas y protestas regionales con cortes de rutas durante casi todos estos años. Estas demostraciones, a diferencia de otras épocas, fueron apo-

yadas y alentadas por varias organizaciones también en lucha (maestros, jubilados, etc.); las marchas de los hombres de campo hacia la Plaza de Mayo –centro del poder político nacional– fueron, además, aplaudidas por los oficinistas y transeúntes de la zona. Muchos de esos ciudadanos veían por primera vez a los hombres de campo con sus pequeños tractores, escuchaban sus pesares y se asombraban frente a una imagen que no concordaba con el imaginario social del «campo próspero».

Pero estas «protestas agrarias» fueron discontinuas, presentaron un limitado repertorio de acciones, aparecieron con discursos y con líderes similares a los de los tiempos de la «regulación»: representados por la Federación Agraria Argentina (FAA) pedían la participación del estado en las políticas de precios, en las crediticias, en las de exportación; buscaban modos de entrar en las nuevas condiciones económicas, etcétera. Por otro lado, la FAA, con su reciente cambio de autoridades, modifica su tradicional postura de enfrentamiento y adopta, en los últimos tiempos, un lenguaje más negociador que da cuenta del carácter reivindicativo de sus demandas.

En tal situación, en un mundo rural «pampeano» tradicionalmente masculino, surgen estas mujeres: irrumpen con modos de acción novedosos y transgresores como, por ejemplo, impedir una acción judicial. Aparecen con un discurso que se radicaliza y que marca discontinuidades con las acciones previas y establecen nuevas alianzas desde un inicio al incluirse en el movimiento social de las mujeres. Estas características habilitan a pensarlo no sólo como «un enfrentamiento» coyuntural sino como «acciones colectivas» (que podrían derivar en un movimiento social o ser parte de él) que se conectarían tanto con el mundo rural como con el movimiento social de las mujeres de los años 1990.

Charles Tilly (1986), en sus estudios acerca de las acciones de protesta, caracteriza al «enfrentamiento» como una acción colectiva discontinua a favor de los propios intereses. En el caso de MML, hay un intento de generar un nuevo sujeto social, de producir nuevos sentidos que dan cuenta de un conflicto que más allá del reclamo puntual —que paren los remates de los campos— muestra un problema cultural del país en la década de 1990: la posibilidad o imposibilidad de seguir viviendo en el campo o en las zonas rurales como lo hicieron los padres o los abuelos de las protagonistas. Dicho en otras palabras, el conflicto enuncia la tensión entre la posibilidad de persistencia o la desaparición de la «explotación agraria familiar capitalizada» con todas las consecuencias culturales que esta aporía implica.

Estos rasgos alientan a pensar el MML en el marco analítico que ofrecen los estudios de los «nuevos movimientos sociales». Sin embargo he-

mos optado por no establecer denominaciones que indiquen puntos de partida y tratar de lograr la reconstrucción y el sentido de las acciones mismas que emprendieron, partiendo del concepto más general de «acciones colectivas». Como sostiene Melucci (1992), «tenemos que precavernos de caer en la concepción frecuente de un sentido común que observa una unidad, allí precisamente donde ella debe ser investigada» (pág. 244).

Un primer interrogante trata acerca del **cómo** de estas organizaciones: cómo lograron armarse; cómo aparece la posibilidad de generar un «nosotras»; cómo se articulan las demandas acerca de la deuda con un sentido «cultural» más abarcativo. Pero además del **cómo** nuestra reflexión pretende establecer los **porqué** de estas acciones. Por qué aparece el movimiento en estos momentos; por qué ellas, quienes se habían mantenido al margen de los movimientos de protesta, deciden movilizarse; por qué son ellas y no los hombres de las familias; por qué deciden apelar a una cuestión de género y denominarse «movimiento de mujeres».

El problema es cómo este «nosotras» (que aparece en los relatos) se convirtió en tal, cómo y por qué un agregado social llegó a la definición de sí mismo como un colectivo capaz de actuar como un grupo (Melucci, 1992). Se proponen actuar como un grupo, construir una identidad social y transformar una situación. Proceso que se desarrolla en el orden de lo simbólico, mediante interpretaciones y prácticas que, al diferenciarse del discurso hegemónico vigente, podrían llegar a desencadenar fuerzas capaces de construir «otra situación».

Este punto de partida nos plantea, como investigadores, tratar de comprender las acciones de estas mujeres desde sus propios sentidos, sin derivarlas de aspectos externos tales como sus posiciones en una estructura social o económica o en un «adentro-afuera» del modelo económico. Sin embargo, no subestimamos el contexto macroeconómico de la acción: estas mujeres salieron al espacio público por situaciones generadas en el orden económico, generadas por políticas públicas y traducidas por sujetos en sus condiciones de agentes económicos. Una primera propuesta de este trabajo es, precisamente, recorrer las transformaciones en el orden económico.

No obstante, esas mismas condiciones permitirían también comprender muchos aspectos del surgimiento de los «tractorazos» y de «las marchas federales» o de muchas otras protestas locales. De lo que se trata aquí, frente a estas mujeres que salen a la arena pública, es de pensar que más allá de la situación económica existiría un excedente de sentido que ubicaríamos en el orden de lo sociocultural.

Desde una interpretación «constructivista» de los mundos sociales, la búsqueda de «actores» o «agentes» (en el sentido de Giddens) nos conduce a jerarquizar dentro de los procesos sociales aquellos conflictos que derivan en enfrentamientos con el poder político; aquellos que ponen en cuestión un orden hegemónico; aquellos que vienen a decir que algo nuevo está aconteciendo en el orden de lo social. O, dicho de otra forma, que «lo social» aparece de un modo que lo ubica en el orden de lo político, en una expansión del campo de la conflictualidad social.

El sector agropecuario y sus transformaciones

El sector agropecuario argentino ocupa un lugar importante en la historia económica, social y política de nuestro país. Se puede establecer una clara diferencia entre la región pampeana y las economías regionales. La primera provee el grueso de la producción y de las exportaciones de cereales, oleaginosas y productos ganaderos que se producen en el país; por su parte, las «economías regionales» proveen los cultivos industriales: caña de azúcar, tabaco, yerba mate, algodón, vid y otros frutales.

Se trata de un sector que disminuye su importancia relativa tanto en su contribución al PBI como fuente de ocupación de la fuerza laboral. En la actualidad aporta apenas 7% del PBI, mientras que ocupa a 1.166.000 personas, 10% del total de la fuerza laboral. Sin embargo, más del 70% de las exportaciones son de origen agropecuario.

El último Censo Nacional Agropecuario (CNA), de 1988, registra 378 mil explotaciones agropecuarias que ocupan una superficie de 177 millones de hectáreas (en el censo anterior, de 1969, había 538 mil explotaciones agropecuarias). Según este censo, las mujeres aparecen trabajando en el 17,5% de las explotaciones agropecuarias. Representaban el 10% de la categoría «jefes de explotación» y el 35% de la categoría «trabajadores familiares» (del productor). Las mujeres en lucha pertenecen a estas categorías ocupacionales: son esposas, trabajadoras o están a cargo de la explotación.

En décadas recientes desaparecieron muchos medianos y pequeños

productores, mientras que los grandes siguen manteniendo su importancia relativa. Entre los censos de 1969 y de 1988, el estrato de explotaciones de hasta 200 hectáreas se redujo de 428 mil a 282 mil. En el censo de 1988 las explotaciones de más de 1.000 hectáreas representaban 7,2% de las explotaciones e incorporaban más del 75% de la superficie cultivable del país. Como contrapartida, las de menos de 200 hectáreas ocupaban apenas el 7,7 por ciento.

Con frecuencia se asimila al sector agropecuario argentino con sus equivalentes de Australia, el Canadá e incluso los Estados Unidos. Las características comunes de estas zonas de «reciente colonización» fueron la producción y exportación de productos templados (carnes y cereales) a la economía mundial.

Asimismo, la Argentina se diferencia de otros países del tercer mundo por cuanto produce los alimentos básicos consumidos internamente, es decir, no tiene dependencia cerealera externa. Tampoco tuvo, desde sus orígenes, una extendida economía campesina, como la que caracteriza a otros países de América latina.

En cambio, persiste un importante estrato de productores *chacareros* o tipo *farmer* (Archetti y Stölen, 1975) particularmente en la región pampeana, relativamente más importante que la de otros integrantes de América latina y del tercer mundo. Sin embargo, este estrato de productores no llega a tener la relevancia que tiene en otros países de «reciente colonización», o en naciones altamente industrializadas. Aun así, es un sector que ha ido ejerciendo una influencia significativa sobre los procesos económicos y socioculturales de la Argentina.

Un punto de partida para compren-

der la crisis agraria actual recae en el análisis de los efectos que tuvo sobre el sector agropecuario la política económica aplicada por la presente administración de Carlos Menem y, dentro de ella, el papel que le cupo a la política agraria.

En el nivel global, el plan de Convertibilidad, junto con una severa política de «ajuste estructural» que incluyó las **privatizaciones, desregulaciones** —particularmente en el sector laboral— y **apertura al exterior** constituyeron ejes centrales del plan de gobierno impulsado por el ministro de Economía Domingo Cavallo a partir de 1991.

El plan de Convertibilidad fijó por ley el peso argentino al dólar estadounidense y decretó su plena convertibilidad. Tuvo como efecto más inmediato la reducción de las expectativas y el proceso inflacionarios. La estabilidad de precios así lograda permitió la posterior implantación de un programa de «ajuste estructural».

Dentro de esta política global estuvo configurada la política agropecuaria. Tanto el plan de Convertibilidad que ligó el peso con el dólar como las medidas de ajuste estructural (por ejemplo, las privatizaciones de los servicios públicos y los correspondientes aumentos de tarifas) incidieron heterogéneamente sobre el sector agropecuario. Habría que agregar, además, elementos diversos de la política agropecuaria propiamente dicha.

El decreto N° 2.284 de **desregulación económica**, de noviembre de 1991, dispuso la adopción de un amplio conjunto de medidas en materia de mercado interno, comercio exterior y desregulación de los mercados, entre ellas muchas que habrían de incidir sobre las economías regionales. Con el argumento de la necesidad de

reducir costos fiscales se disolvió una serie de organismos —muchos de ellos creados en los años '30— que tradicionalmente ejercían el papel de intervenir y planificar medidas en defensa de los intereses de los productores agropecuarios.

La eliminación de estos organismos fue acompañada por la suspensión o reducción de mecanismos de regulación tales como cupos de producción, retenciones a las exportaciones, precios sostén, etc. Asimismo, se redujeron significativamente los aportes presupuestarios para una serie de entidades públicas del sector, particularmente el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), uno de los principales organismos generadores de tecnología.

Con este conjunto de medidas, el sector agropecuario argentino se transformó en uno de los sectores agrarios más desregulados del mundo y, por lo tanto, sujeto a los vaivenes de la economía mundial. Al desmantelarse los organismos y sistemas normativos que posibilitaban la regulación por parte del estado de la producción y los ingresos de los productores, su accionar quedó circunscripto a políticas de extensión y asistencialismo (Programa Cambio Rural, Programa Social Agropecuario), quedando en pie únicamente determinados organismos de control sanitario y de asesoramiento de negocios (PROMEX y FINAGRO).

Con este nuevo rol del estado quedaron libradas al «mercado» muchas decisiones en las que antes aquél intervenía, generándose gran incertidumbre sobre el papel de los diversos sectores.

Las medidas adoptadas habrían de impactar significativamente sobre los precios y costos relativos del sector, sometiéndolo a cambios bruscos de

rentabilidad. Si bien todos los estratos dentro de cada región y rama productiva se vieron afectados, en general los más perjudicados resultaron los medianos y pequeños productores.

La disolución de la Junta Nacional de Granos eliminó la existencia de precios sostén y canales alternativos de comercialización de la producción cerealera. Dejó a los productores agropecuarios a merced de los grandes comercializadores y exportadores cerealeros, sin mecanismos que contrarrestaran las grandes variaciones de precios del mercado cerealero mundial.

Durante los primeros años del plan de Convertibilidad, los precios internacionales del trigo se mantuvieron en niveles bajos. En 1994 habían ascendido a 136 dólares por tonelada y sólo en 1996 lograron alzas importantes que superaron los 230 y llegaron hasta los 290 dólares, aunque en el momento de la cosecha y la comercialización habían bajado a no más de 120 dólares por tonelada. Es notorio que los productores agropecuarios no siempre resultaron los beneficiarios inmediatos de estas alzas de precios. Una situación semejante influyó sobre el mercado de los novillos.

Según algunas estimaciones, los precios agropecuarios en 1993 habían caído a la mitad de los niveles que tuvieron en promedio en el período 1980-1993 (Asociación Agroganadera de La Pampa, 1996: 17). Tanto la caída de los precios como la creciente sobrevaluación del peso fueron factores que incidieron sobre la rentabilidad del sector.

Por otra parte aumentaron los costos de producción, particularmente para los medianos y pequeños productores, debido en gran medida al alza de las tarifas de los servicios

públicos (recientemente privatizados) y a aumentos de los insumos. Ambos factores incidieron negativamente sobre la rentabilidad.

Tanto los rendimientos de la empresa como el nivel de vida de la familia agropecuaria se vieron seriamente afectados. Se estima que para lograr mantener el mismo nivel de vida que hace unas décadas es necesaria una superficie considerablemente mayor.

El tratamiento fiscal hacia el sector —particularmente para los productores de menor tamaño— resultó desfavorable en los años '90. Aunque se eliminaron los impuestos a las exportaciones (retenciones), así como las contribuciones especiales para el mantenimiento de organismos autárquicos (INTA, organismos regionales), el crecimiento de otros impuestos aplicados regresivamente afectó particularmente a estos estratos de productores.

El impuesto al valor agregado (IVA) subió desde su aplicación en 1990 hasta el 21% que rige actualmente. Combinado con regímenes de retenciones a cuenta de su pago, incidió negativamente sobre la situación financiera de los productores. Asimismo, el impuesto a las ganancias, al eliminar los mínimos no imponibles, gravó en mucho mayor medida a los productores pequeños. Los aportes obligatorios a regímenes previsionales vaciados por el gobierno se convirtieron en cargas obligatorias adicionales para los productores rurales categorizados como **autónomos**. Completaron el cuadro regresivo para el sector las tasas municipales, que no suelen ir acompañadas de las obras necesarias sobre caminos vecinales.

El cuadro financiero del sector

Todos estos elementos —precios internacionales relativamente bajos agravados por la sobrevaluación del peso, costos internos en alza básicamente por el aumento de las tarifas de los servicios y una presión impositiva creciente a pesar de la rebaja de las retenciones a las exportaciones— incidieron significativamente sobre la rentabilidad del sector agropecuario. El cuadro se completa con la situación financiera en que fueron insertándose los productores, particularmente los medianos y pequeños, situación que se agravó considerablemente en los años '90, incluyendo el período del plan de Convertibilidad.

La estabilidad relativa en el nivel general de precios lograda a partir de la aplicación del plan de Convertibilidad creó una nueva situación aparentemente favorable al otorgamiento de crédito bancario al sector agropecuario. Como consecuencia, aumentó inicialmente el crédito agropecuario y el sector acrecentó significativamente su endeudamiento global. Los montos del endeudamiento financiero del sector fueron de \$1.883 millones, \$2.830 millones, \$4.543 millones, \$6.052 millones y \$7.145 millones para los años 1990 a 1994, respectivamente. Según estimaciones de CONINAGRO (abril de 1996), aun considerando los pagos de la deuda agropecuaria en el período 1991/1992-1994/95, la deuda acumulada alcanzó los \$5.263 millones en 1995. Si agregamos a ésta sus componentes impositivo, previsional y comercial, la deuda global del sector alcanzaría en 1996 un monto del orden de los 10 mil millones de pesos (CONINAGRO, abril de 1996: 7).

Si bien en este mismo período los plazos promedio del endeudamiento aumentaron de 1,5 a 3 años, las tasas de interés reales para el período pos hiperinflacionario (pos 1989-1991) superó en promedio el 20% anual en términos reales (24% para el año 1991, y 20% para los siguientes), muy superiores a las corrientemente disponibles en nivel internacional (CONINAGRO, abril de 1996).

Estas tasas de interés no toman en cuenta una serie de costos que incluye el crédito bancario, tales como comisiones, gastos de mantenimiento, etc. Asimismo, las garantías que exigen los bancos argentinos para el otorgamiento del crédito tienden a ser muy rigurosas. Los gastos del endeudamiento tampoco consideran los intereses punitivos que tienden a multiplicarse hasta resultar confiscatorios.

Asimismo, la rentabilidad del sector, particularmente en lo que atañe a los medianos y pequeños productores, no acompañó este endeudamiento. En forma creciente, y dada la situación macroeconómica que debieron enfrentar, se encontraron con deudas difíciles de cubrir. Si a esta situación se agrega el endeudamiento impositivo y previsional, puede entenderse la situación de crisis que paulatinamente se fue gestando.

A todo esto cabe añadir prácticas «...distorsivas que desnaturalizan los propósitos y fines de la actividad crediticia a través de conductas que en algunos casos resultan francamente ilegales, al atentar contra aquellos a los que aparentemente pretenden ayudar» (AAG de La Pampa, 1996: 10).

Asimismo, no siempre se respetan una serie de pautas que surgen de la ley para el otorgamiento del crédito.

Esto se puede apreciar con nitidez en el contrato bancario de cuenta corriente. Por ejemplo, el crédito en descubierto, por la importancia económica que tiene para el tomador, aparece como uno de los mecanismos más importantes de asignación.

«Por una parte el cuentacorrentista se ve obligado a realizar un seguimiento eficaz de los movimientos de su cuenta pues no sabe lo que le están cobrando o debitando» (AAG de La Pampa: 11).

En efecto, los bancos no suelen acordar la tasa de interés de antemano, adjudicándose la potestad de determinarla unilateralmente, con lo cual puede ser

«...razonable, alta, exorbitante, y en determinados casos usuraria... De igual manera procede respecto de la aplicación en la cuenta de cargos y comisiones de imposible determinación, por servicios no prestados, ni menos aún acordados expresamente y con anterioridad con el cuentacorrentista».

Muchas entidades financieras llevan adelante

«una política crediticia consistente en inducir a su clientela a operar en descubierto en cuenta corriente, restringiendo las más de las veces el acceso a otras fuentes de crédito. De esta forma, el cliente se ve obligado a endeudarse bajo la forma crediticia más cara» (AAG de La Pampa: 11).

Como señaló oportunamente una de las participantes del MML, Joaquina Moreno de Trel, de la provincia de La Pampa:

«Los bancos prestan al 15 por ciento de interés anual. Pero si se trata de

descubiertos en cuenta corriente, el interés sube hasta el 60 por ciento. ¡En un país sin inflación!» (Entrevista, 1997).¹

A posteriori, muchas veces los bancos obligan a sus clientes con importantes saldos deudores

«a consolidar su situación mediante el otorgamiento de garantías personales o reales (hipotecarias o prendarias) comprometiendo su patrimonio y su futuro en el nivel empresarial y aun personal» (AAG de la Pampa: 11).

A fines de 1996 se estimaba que menos de la mitad de los productores agropecuarios nacionales eran clientes de bancos, 75% con el Banco Nación, el resto con bancos provinciales, privados y acopiadores. Existe el reconocimiento generalizado de que el crédito es caro, con tasas bancarias que varían entre el 60% anual por descubiertos hasta el 10% anual para prefinanciaciones (*Clarín*, 5/12/96, pág. 46). Si a esto se le suma la baja rentabilidad de las explotaciones vemos el origen del problema con que se enfrentaron los productores que para «modernizarse» optaron por endeudarse.

Veamos algunos ejemplos desde las protagonistas: Lucy de Cornelis, de La Pampa, cuenta:

«...Empecé con tres créditos por 14.500 pesos y se me hizo una bola de nieve de 140 mil más 80 mil de gastos. Dejé de pagar en el '94, cuando comprendí que no podría salir» (Furman, 1997).

«Cuando escuchamos al doctor Menem en su primer discurso como presidente en la Rural, en el que prometía más apoyo para el campo, le creímos y pedimos más préstamos

para crecer. ¡Cómo nos equivocamos! Los precios de los productos agropecuarios empezaron a caer y caer. Y con los últimos años de sequías y granizo, para enfrentar las deudas teníamos que sacar más créditos» (*Viva*, revista de *Clarín*, 1996).

Esta situación se repite una y otra vez. Mónica C. y su marido tienen un campo de cría en Lavalle y General Madariaga; en total, 570 hectáreas:

«En 1993 empezamos con una inundación del 70% del campo como consecuencia de la negligencia de la provincia de Buenos Aires, porque en la zona nuestra de Madariaga y Lavalle va a dar toda el agua de la zona de Tandil, Ayacucho, Maipú..., que va en zona descendente. Se canalizaron todos estos partidos, sacaron todo este problema del agua y fue a dar hacia General Madariaga y Lavalle; empezaron al revés... Durante tres años estuvimos inundados con el 70% de la tierra bajo agua... Se declaró zona de emergencia, los créditos seguían igual al 18% en ese momento. Bueno, cuando no pudimos pagar nos empezaron a dar cédulas hipotecarias a 'cuentagotas' a medida que iban llegando los vencimientos y nosotros insistiendo siempre en una refinanciación general para poder tener los años de gracia (que correspondían)... El año pasado pedimos las cédulas hipotecarias especiales, que son a 10 años con 4 de gracia, y nos dijeron... que no nos correspondía porque teníamos sólo el 70% inundado, que para acceder a ese beneficio teníamos que estar inundados más del 80%. Bueno, ahora ya estamos en juicio, ya ahora en ejecución; en este momento estamos tratando de vender la propiedad para poder pagar las deudas y lamentable-

¹ Las entrevistas, cuando no se aclara otra fuente, fueron realizadas por Norma Giarracca y Miguel Teubal en marzo de 1997.

mente no nos han dado una solución real, no queremos que nos regalen nada. Nosotros queremos pagar la deuda pero que nos den el plazo que corresponde» ... «el Banco de la Provincia (de Buenos Aires) a los deudores de la provincia de Buenos Aires les dio una refinanciación a 10 años al 9,5% anual... Nosotros tenemos Banco Nación... no queremos subsidios, ni nada, queremos que nos refinancien la deuda en plazos acordes, para poder pagar... Estos créditos no son subsidios... este es un ahogo financiero que nos han dado, son **salvavidas de plomo**... Incluso dos gerentes nos han comentado que... estos son salvavidas de plomo».

A Elsa P., de Casba, partido de Guaminí, le pasó algo semejante:

«Veníamos manejando el campo con lo justo y en el año 1986 vino la inundación y estuvo hasta 1991 y después volvió a ser fuerte otra vez hasta el '93, '94».

En 1992 tomaron un crédito del Banco Nación para vacas.

«Bueno, en ese momento uno hacía el plan y se podían pagar las cuotas. (...) Cuando fuimos a pagar el crédito el año '94, '95, pagamos dos cuotas pero las vacas habían bajado (a 50 pesos). Ese fue el problema que se nos presentó: la producción bajó 6 veces, entonces es imposible cumplir. Los intereses se van capitalizando y se hace un globo terrible, que se hace básicamente de intereses. El Banco Nación nos ofrece una refinanciación al 12% más el IVA, (como) somos responsables inscriptos, es el 21 más un 5 de alcuota que cobra el banco: se nos va a un 26%, el 12% más el 26% de IVA es imposible, es terrible.»

En La Pampa, de los 10.624 productores de la provincia, 5.245 tomaron créditos por 375 millones de pe-

sos, 4.230 tomaron créditos en el banco provincial. De estos endeudados, durante 1996, 578 atravesaban serias dificultades para pagar y 116 estaban en ejecución. El remate tampoco es negocio para el banco. En la subasta, a lo sumo, recupera un 20 por ciento de la deuda. El endeudamiento en la provincia aumentó un 470% desde 1991 hasta fines de 1996.

La situación general en la provincia de La Pampa fue complicada. Tomemos el caso de Joaquina Moreno, que felizmente no se endeudó en la misma medida en que lo hicieron otras mujeres.

«Hasta 1989 nosotros vivíamos del campo, íbamos en ascenso... siempre estábamos progresando. Primero se hizo la casa, después se hizo el galpón, se cambiaba el auto, para tener teléfono en el campo gastamos el equivalente a un auto nuevo, íbamos para arriba. A partir del año '89 la cosa se puso difícil. A partir de la convertibilidad. Con un kilo de novillo en 1989 se compraban 11 litros de nafta súper, hoy con un kilo de novillo no alcanza a comprar un litro.

«(En otras épocas) el banco era algo especial. O sea, íbamos al banco y... nos ayudaba; en ese momento el banco era banco de fomento: se le podía pedir plata prestada, se le devolvía, por supuesto, y nosotros ganábamos y yo creo que ellos también.

«Tenemos la tasa de interés a una tasa espantosa, el IVA a los intereses bancarios que es lo más espantoso y horroroso que se haya visto.

«—¿Tiene deuda, con qué banco?

«—Con el Banco de La Pampa, tengo que cuidar... que la deuda no se me agrande, pero es una deuda que la puedo dominar.

«—¿O sea que usted no corre riesgo de que le rematen el campo como a Lucy?

«—No, yo no tengo ninguna garan-

tía real ni nada y aparte que soy clienta del banco de hace casi 40 años, desde que empezó el banco, soy una persona muy considerada. Si alguna vez me lo tienen que renovar me lo renuevan, no se hacen problemas, saben que lo voy a pagar.» (Joaquina Moreno)

Los orígenes del movimiento

Casi un año después de la Marcha Federal de 1994 y con un gobierno nacional recién reelecto (Menem fue electo nuevamente el 15 de mayo de 1995), los periódicos de la provincia de La Pampa alertaban acerca del riesgo que corrían los establecimientos agropecuarios cuyas deudas seguían un trámite que derivaría en la acción judicial. Los dirigentes agropecuarios locales transmitían muy poco optimismo acerca de las posibles negociaciones: no habían tenido éxito en los tiempos de campaña política preelectoral, menos aún —argumentaban— lo conseguirían después del triunfo político alcanzado por el presidente Menem (50% de los votos). El remate de las explotaciones agropecuarias se convertía en una amenaza real para aquellos campos hipotecados.

La zona elegida para comenzar los remates fue Winifreda, localidad distante 45 kilómetros de Santa Rosa, capital de la provincia de La Pampa. Es una localidad fundada sobre los campos de un británico que murió en 1924 y cuyos herederos —entre los cuales estaba su hija Winifreda— arrendaron y vendieron a colonos alemanes, franceses, rusos, españoles e italianos. La zona no está dentro de la rica pampa húmeda y la lluvia —por carencia o demasía— siempre fue un problema. El Ferrocarril Oeste los conectaba con el puerto de Buenos Aires y en muchos casos con la posibili-

dad de que el migrante recuperara a una familia que había quedado en Europa.

Hoy Winifreda tiene una característica inusual en estos pueblos rurales de la Argentina: el gobierno y la justicia están en manos de dos mujeres. Dos jóvenes mujeres fueron elegidas como intendente (alcalde local) y juez de paz (encargada de legalizar nacimientos, casamientos, defunciones, etcétera).

El primer intento de remate se llevó a cabo precisamente en Winifreda, en una explotación propiedad de un matrimonio, descendiente de franceses él, de españoles y sirios ella. La explotación fue heredada del padre francés a fines de los años '70 y sostenida y expandida con mucho sacrificio por la familia Cornelis.

Lucy Cornelis no se cansa de decir que se endeudaron porque le creyeron al presidente Menem cuando prometía que aquellos que incorporaran tecnología y aumentaran la producción recibirían todo el apoyo del gobierno. No fue así; las variables manejadas por el Ministerio de Economía —a pesar de incorporar tecnologías— los dejaron fuera de los márgenes de ganancia e inversión.

Se dio comienzo a los remates, pero los tasadores del Banco de la Provincia de La Pampa no imaginaban que en la explotación de los Cornelis sería la esposa del propietario, Lucy, quien no aceptaría la práctica judicial y se lanzaría a una acción llevada por la desesperación, que terminaría convocando a muchas otras mujeres y poniéndolos en apuros. En efecto, cuando el martillero empezó su tarea Lucy salió de su casa y acudió a los medios. En la FM local (radio) contó lo que estaba ocurriendo y muchas otras familias —que estaban

o no en la misma situación que los Cornelis—acudieron al llamado e implieron el remate.

Aunque el esposo de Lucy había tenido actuación política en el partido radical, la reacción no partió de él porque, como dice ella, es de la clase de hombres que piensa que una deuda siempre se debe pagar. La que salió a luchar fue Lucy, y, según ella, no fue una acción premeditada: cuando los tasadores iniciaron su trabajo fue presa de un ataque de furia tal que decidió salir de la casa y dirigirse a la radio local. Había un clima que predisponía a creer que la apelación tendría resultados. Era el primero de una larga lista de remates en carpeta, pero fue el primer llamado a una población que, a esas horas, estaba en pleno trabajo agrícola y de la que no se conocían reacciones conflictivas.

Es importante el reconocimiento y la movilización de los recursos que utilizó Lucy: la radio, apelar a sus pares, poner la situación en un límite tal que apareciera la posibilidad de la «acción social» como eficaz.

Lo que querríamos remarcar en estos orígenes es que no hubo en esta protagonista una lógica de «medios-fines», una «acción racional» que la llevara a medir medios y fines. El propósito de la acción fue generado por ella misma y en el sentido que ella y los otros fueron atribuyendo a estas acciones aparecen los limitantes institucionales (la acción jurídica que se puede posponer, pero no anular), las condiciones macroeconómicas en que operan las fincas, pero aparece también —y esto es lo que importa señalar— la capacidad de invención de Lucy como sujeto, su capacidad de iniciar una acción que derivaría en una situación inexistente en el momento previo.

No había nada que predijera que

estas acciones sucederían (aun cuando *a posteriori* algunos quisieron creer «que estaba todo armado»), podrían no haber ocurrido; esta acción inicial fue una contingencia. Estas creaciones de propósitos de una acción colectiva suponen no sólo esquemas de conocimientos, reconocimientos y movilización de los recursos con los que se cuenta, sino también densas interacciones e intercambios emocionales y afectivos (Melucci, 1992: 224).

Joaquina Morena, activa miembro que no tiene grandes deudas pero comparte el propósito del Movimiento, relata en estos términos los inicios:

«No interesa que tenga o no deuda, ¿no? Cuando uno ve que la cosa anda mal, que se le toma el pelo a la gente (que se burlan de ellos), que se le toma el pelo a los chacareros, que dice un funcionario que 200 mil chacareros van a desaparecer, uno empieza a pensar que esto va mal. Yo sola no sabía qué hacer; más que 'putear' sola en mi campo, otra cosa no se me ocurría. Yo a Lucy la conocía por relaciones sociales. Entonces escuché esa convocatoria en la radio que... bueno... me enteré que se hacía esa convocatoria. Yo había ido a muchas reuniones de chacareros en las cuales no se había resuelto nada y me dije: claro que voy a ir a esta convocatoria de mujeres y ahí empezó el movimiento. Igual sigo enojada...»

Joaquina, una viuda de 65 años, sin hijos, que organiza y gestiona su campo con una prolijidad financiera sorprendente, sabe que las deudas sólo sirvieron para comenzar un movimiento cuyos propósitos están construyendo entre todas.

«Mi papá vino de España en 1908,

cuando tenía 13 años; lo mandaron solo para acá, empezó de peoncito (...) logró arrendar un campo un poco antes de que yo naciera. 100 hectáreas, en una gran explotación de 400 mil hectáreas (...) Con el cambio del '45 (se refiere al advenimiento del peronismo en 1945) se los obligó a los propietarios a reconocer algunos derechos a los arrendatarios. Se les dio a los arrendatarios la posibilidad de comprar... mi padre compró 150 hectáreas. Yo heredé ese campo... me casé con un periodista mendocino. Era un tipo que podía estar en el campo sin salir... como yo; nos gustaba esta vida, no nos importaba nada del mundo. Mi marido falleció hace 6 años... Nos fue bien, desde chiquita fui progresando despacito con mi trabajo, por supuesto con las debidas limitaciones, y fui progresando, casualmente hasta 1989. De entonces para acá me voy para atrás rápidamente.»

A comienzos de junio de 1995 se realizó la primera asamblea; el diario provincial *La Arena* afirma:

«Con la sencillez de quien sólo sabe de trabajo, con palabras simples, y en algunos casos hasta con lágrimas en los ojos, las mujeres agropecuarias autoconvocadas en asamblea, ayer en Winifreda, expusieron sin tapujos la difícil realidad del campo pampeano» (*La Arena*, 4-6-95).

En estos primeros momentos, el movimiento contó con las simpatías de la prensa y de la población en general. Hasta el gobernador de la provincia de La Pampa, cuando días después le acercaron el petitorio, se mostró comprensivo y prometió «revisar caso por caso» los endeudamientos.

Ellas se sintieron complacidas con tales respuestas y creyeron que las soluciones llegarían pronto. Al ser entrevistadas cuando finalizaron el

encuentro con el gobernador, Rubén Marín, de las declaraciones de Lucy Cornelis se desprende una actitud esperanzada:

«—¿Qué le respondió el gobernador a sus reclamos?

«—Nos dijo que tratará caso por caso.

«—¿Y sobre el pedido de paralización de los remates y las ejecuciones?

«—Dentro de sus posibilidades, prometió ayudarnos para que se paren.

«—Más allá de las promesas, ¿qué impresión se llevan de lo que pasará?

«—Hermosa.

«—¿Pero creen que habrá soluciones?

«—Y, algunas sí. Ellos tienen las posibilidades de ayudarnos en algo de lo que pedimos. Y no es nada que no esté al alcance de las autoridades.» (*La Arena*, 14-6-1995.)

Así recuerda Joaquina Moreno la asamblea y la entrevista con el gobernador:

«La asamblea era grande esa vez. En Winifreda había como 300 personas por lo menos y la comisión se hizo sobre la base de un productor por cada pueblo; de Trenel (su pueblo) estaba yo sola. Todas hablamos, cada 'chica' fue exponiendo su problema, todas estaban por las deudas. Estaban un poquito 'crudas' (se refiere a poco entrenadas en la acción gremial) y entonces yo expuse el problemas de todos, porque la deuda no viene porque sí, la deuda era una consecuencia. El origen de la deuda era la falta de políticas agropecuarias adecuadas. A la gente le gustó... no era una cosa del otro mundo, era lo que todo el mundo sabe, siente por su situación. Y entonces dijimos qué hacemos, vamos a ver al gobernador, vamos a ver a 'fulano', y ahí empezó todo (...).

«Y bueno, fuimos, tuvimos una entrevista con el gobernador. El movimiento estaba recién iniciado... o sea en esa primera asamblea se originó la idea de elaborar un petitorio para llevarlo al gobernador y fuimos 10 señoras. Y estaba el ministro de Asuntos Agrarios de la provincia, quien se metió conmigo (inició un diálogo descortés con ella); yo daba ejemplos de la desvalorización de los novillos y me quiso hacer callar porque creía que yo no sabía nada, pero se metió mal porque yo tenía datos precisos. Bueno, el gobernador nos atendió bien, lo invitamos a ponerse al frente de nuestros reclamos, así que ahora no diga que vamos en contra de él. Bueno, no quiso, se 'jodió'. Siempre dicen 'La Pampa está linda', La Pampa está linda en apariencia. En La Pampa hay menos vacas que hace 6 ó 7 años».

Tanto del relato de las protagonistas como del registro periodístico de esos primeros momentos se puede inferir la importancia de la primera acción de Lucy Cornelis (convocar a sus pares con el fin de parar los remates): de ella surgía un movimiento con reivindicaciones de tipo económico, claras y sencillas. Se proponían el apoyo de las autoridades provinciales para que se detuvieran las amenazas de remates. Confiaban en que podrían dar cuenta de sus razones, que sus reclamos serían lógicamente escuchados y sus problemas solucionados. Todavía no pensaban en un enfrentamiento con las autoridades políticas. El movimiento podría haber tenido una vida coyuntural y ser meramente reivindicativo.

El desarrollo y la radicalización del movimiento

«Las mujeres agropecuarias se sienten defraudadas por el goberna-

dor». «Estamos verdaderamente dolidas, dice Rosita de Garat».

Estos titulares del principal diario pampeano preanunciaban el final de las buenas relaciones entre las mujeres agropecuarias y las autoridades provinciales. Sólo unos días después de la entrevista con el gobernador y de escuchar las promesas acerca de la reconsideración de los remates, el Banco de La Pampa (banco oficial de la provincia) remató la maquinaria de dos productores en sociedad, quienes estaban endeudados. La presencia de las mujeres, el pedido de Rosita Garat y la asistencia de los medios de comunicación no alcanzaron para que se impidiera la subasta de una maquinaria perteneciente a estos dos chacareros prendada por el banco.

Rosita Garat, que asistió al remate, se expresó así:

«Buenos días. Con todo respeto me quiero dirigir a ustedes para decir que integro la comisión de esposas agropecuarias y solamente nuestra presencia acá está diciendo mucho, porque el martes estuvimos con el señor gobernador y nos dijo que el Banco de La Pampa no remataba. Bueno, esto es un remate; nos sentimos un poco tristes y defraudadas» (*La Arena*, 18-6-95).

El fracaso en las negociaciones, la falta de cumplimiento de la palabra empeñada por el gobernador Marín, tuvieron un efecto detonador en la expansión geográfica de las acciones de las mujeres, así como en un cambio de actitud en las dirigentes pioneras.

Es posible que el gobernador de La Pampa haya prometido soluciones sin intenciones serias de buscarlas en

modo inmediato (así, por lo menos, lo demuestran los resultados). A nuestro juicio, Marín subestimó la capacidad de acción de estas «chacareras»; sabía que las soluciones negociadas (donde cada parte cede algo) no son frecuentes en la gestión del gobierno de Menem, al cual él pertenece. Sin embargo, les prometió soluciones inmediatas. «Bueno, el gobernador nos atendió bien, lo invitamos a ponerse al frente de nuestros reclamos, así que ahora no diga que vamos en contra de él. Bueno no quiso, se jodió», dijo Joaquina Moreno —como se lee más arriba— con una lógica muy alejada de la política partidaria.

En la segunda mitad de 1995, el Movimiento de Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML) crecería en forma inesperada para las pioneras: reuniones de mujeres en el oeste de La Pampa, se conectan mujeres de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe, Formosa, Neuquén, Río Negro.

El 21 de septiembre se llevó a cabo la primera Asamblea Nacional: «*Quinientas personas y ningún funcionario*», tituló la prensa el artículo acerca de la asamblea. Las dirigentes, consecuentes con un estilo cívico que indica respeto a las autoridades democráticas, habían cursado invitaciones a todos, incluidos el presidente Menem, el secretario nacional de Agricultura, las autoridades provinciales, etc. Querían soluciones consensuadas, no buscaban enfrentamientos.

Dijo Lucy Cornelis en esa oportunidad:

«...cuando en mayo mi desesperación llegó al límite máximo porque golpeé todas las puertas y nadie me escuchó. Por eso dispuse convocar a las mujeres y encontré una respuesta inesperada. Sentía impotencia porque

factores externos nos estaban arrebatando nuestras cosas. Por eso decidimos luchar juntas y hacernos fuertes (...)

«No somos mujeres ricas, con autos importados ni mansiones lujosas, sino que venimos de familias que andaban en sulky o a caballo por los campos, abriendo surcos, cosechando a mano y hasta pariendo en el monte» (*La Arena*, 22-9-95).

En esta Asamblea elaboraron y presentaron a las autoridades un petitorio con 15 demandas (que se analizan en el siguiente apartado) y apelaron a las autoridades políticas y a la sociedad civil. El texto decía:

«...la Asamblea Nacional de Mujeres Agropecuarias en Lucha, con participación de mujeres representantes del comercio, la industria y otros movimientos de todo el país, reunidas en Santa Rosa, La Pampa, el día 21 de septiembre de 1995, elaboramos el siguiente petitorio para ser elevado al excelentísimo Sr. presidente de la Nación, gobernadores, senadores, diputados nacionales y provinciales y a los representantes del poder judicial» (*La Arena*, 22-9-95).

De esta Asamblea salió el *Movimiento Mujeres Agropecuarias en Lucha (MML)*, se fueron conociendo, reconociendo los recursos con los que contaban, generando una sociabilidad que fue importante en su continuidad. Las rionegrinas, por ejemplo, lograron que asistieran intendentes de las regiones agrarias que provenían de la lucha agraria gremial. Comenzaron a recibir adhesiones de la Federación Agraria Argentina, que aún estaba presidida por un viejo participante de las luchas agrarias, Humberto Volando. También recibieron apoyo de los pequeños comerciantes en si-

tuciones no muy distintas de las suyas y comenzaron a recibir el aliento de grupos de mujeres de todo el país.

Esta identidad de género las llevaría a elegir como fecha para ganar Buenos Aires los 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer. En efecto, el MML ha estado esos días, tanto en 1996 como en 1997, ocupando la Plaza de Mayo, con tractores manejados por ellas, con adhesiones de todas las entidades agropecuarias que agrupan a las pequeñas y medianas explotaciones y, por supuesto, con el apoyo de los movimientos femeninos que ese día recuerdan las luchas mundiales de las mujeres. Pero para entonces el MML ya había radicalizado su posición: había logrado suspender con prácticas confrontativas varios remates («los gritos hacen imposible los remates», comentaba un martilleiro) y el diálogo con las autoridades era «un diálogo de sordos», como ellas mismas lo caracterizan.

«Si no hay voluntad de pagar van a ser ejecutadas como cualquier deudor», amenazaba a esas alturas el gobernador Marín, a lo que Lucy contestaba: «Qué voluntad de pagar vamos a tener si no cosechamos, y antes de llevarle plata al banco les tengo que dar de comer y educar a mis hijos» (*Clarín*, 25-9-1996).

«El remate del campo de un pequeño agricultor, endeudado con un financista, de la localidad de Luis Palacios, no se pudo concretar ayer ante la oposición de las más de 200 personas que se concentraron frente al juzgado de paz, convocadas por el MML de Santa Fe» (*Clarín*, 1-11-96).

Las entidades gremiales insistían en la refinanciación de pasivos, buscaban la negociación tras el impacto que representaba la presencia en televisión del MML. Mientras tanto, las mujeres se preparaban para suspen-

der los remates, para llegar a los medios de prensa y contar al público el «diálogo de sordos» con las autoridades democráticas.

Y, efectivamente, sus voces simples, con la sinceridad y claridad de las mujeres de campo, tuvieron un fuerte impacto en la sociedad nacional. Fueron invitadas a programas de televisión tanto de tipo político como los dedicados a las mujeres.

El último Día Internacional de la Mujer, frente a la Casa de Gobierno (la Casa Rosada); el Ministerio de Economía y el impactante edificio de la casa central del Banco de la Nación, en el gran escenario de un país convulsionado por paros y «carpas blancas» (de maestros en defensa por la educación pública) y crímenes con connotaciones políticas (el del fotógrafo José Luis Cabezas), ellas fueron muy críticas y confrontativas.

La representante de Rosario unía, de esta forma, su lucha con las de otros sectores de la sociedad:

«Falta de dignidad cuando se gasta en cosas banales y superfluas, cuando faltan aulas y elementos necesarios para impartir conocimientos a nuestros niños, cuando a nuestros ancianos, después de trabajar toda la vida y aportar al país, les dan una miserable moneda que no alcanza para cubrir las necesidades mínimas. Falta de dignidad cuando la parentela y los amigos de los gobernantes de turno se enquistan en el poder para robarle al pueblo sus aportes y sus derechos. Para eso estamos aquí para repudiar a ese traidor, a ese traidor (señala la Casa de Gobierno) que en nombre de Dios nos bendice y nos llama hermanos, ese traidor (aplausos, «muy bien Ema»)... Estamos aquí porque somos un pueblo con todo dispuestos a decir ¡basta! ¡Basta de corrupción, de asesinatos, de atentados,

de desocupación, hambre y miseria!» (Discurso público de la delegada rosarina, 7-3-97).

Se cuestionaba al gobierno nacional, se criticaba su conducta nada austera, se relacionaba esta característica con la insensibilidad del gobierno frente a los problemas de la educación pública, de los ancianos, con la indiferencia frente a la denunciada corrupción. Es decir, se ubicaba al movimiento junto a otras acciones sociales confrontativas con el gobierno nacional, se convirtieron en opositoras al gobierno y se articularon a un «ciclo de protesta» que ocupa este presente 1997. Escuchemos la voz más aplaudida del acto:

«Yo pertenezco a los pequeños y medianos productores que llegamos acá con una sola consigna. Nosotras vinimos acá a pedir refinanciación porque si no desaparecemos. Estamos hartos, hartos de burocracia, de papeles y de cosas que nos van llevando (con el) tiempo, a la larga, para que desaparezcamos, para quedarse con lo poco que nos queda. Yo estoy *harta* (remarcado en el discurso) de sufrir esas cosas... Por qué tanta diplomacia y tanta porquería, para decirnos que no nos pueden dar refinanciación, desde cuándo nos van a estudiar uno por uno, somos 200.000 los productores, desde cuándo y de dónde sacaron esa política.

«Nosotros queremos refinanciación para todos, porque todos hemos luchado. Nos enseñaron que con tecnología íbamos a tener crédito y nos íbamos a ver con nuestros campos modernizados; la tecnología, ¿saben para qué nos sirve? Para que nuestros hijos tengan que dejar de ir a las universidades; para que nuestra actual ropa sean trapos viejos que lucimos todos los días; para que no podamos cambiarnos los zapatos de

nuestros pies. Esa es la tecnología que nos está vendiendo el señor presidente... Hoy pedimos, pasamos (de largo, sin parar) por delante de la Casa de Gobierno; yo creo que el año que viene el tractor no sé si no lo voy a subir a la escalinata (de la Casa de Gobierno), trataremos de que ese 'buen hombre' nos vea las caras. Somos las mujeres del campo, necesitamos hablar con él; así le hacemos el pedido de audiencia al señor presidente. Queremos las mujeres en lucha, las mujeres de los pequeños y medianos productores, encontramos frente a frente, tanto pedir por este país, ahí lo tenemos frente a frente nada más y vamos a discutir si nos merecemos la refinanciación a 20 años y pedirle al presidente de la Nación: basta, basta de remates, basta de ejecuciones porque los productores tenemos gastados los zapatos pateando el banco; buscando el papelito, papelito, papelito, para que por último nos digan: 'No, señora, su capital ya está todo comprometido con el banco'. Entonces (de) todo esto ya estamos hartos, no les vamos a dar más la cara, directamente vamos a trabajar la tierra desde adentro... las mujeres estamos dispuestas a todo, las mujeres ya no queremos más que nos tomen por ignorantes o por estúpidas, la gente de campo tiene que vivir dignamente (aplausos)... Entonces acá cerramos y después de la refinanciación la lucha será distinta. Nada más» (Norma, quien tradicionalmente maneja el tractor alrededor de la Plaza de Mayo, 7-3-97).

La locutora del acto, una participante del MML, aclara:

«...nosotras nacimos como MML, estamos orgullosas de que lo nuestro sea específicamente la lucha. No somos un grupo de choque, somos mujeres que con garra han decidido pelear por lo suyo. No hay cosa más

linda que pelear por la producción, por el trabajo, por la patria...»

Es decir, se ubican «en la lucha» pero se diferencian de los «grupos de choque» (grupos violentos), marcan la condición de mujeres pero «con garra» (activas, emprendedoras). Buscan verse, encontrarse frente a frente con el presidente, seguras de que sus demandas no pueden ser negadas porque tienen que ver con la vida: educar a los hijos, vestirse, no perder el derecho a estar integrados a una sociedad en transformación. Derechos adquiridos a fuerza de trabajo, del esfuerzo y la decisión de producir con la tecnología que el discurso modernizador les indicó.

No obstante, ese mismo discurso hoy las condena a muerte: la «modernización» dejó de incluirlas porque ya no es un problema sólo de tecnologías sino de «escalas de extensión». Pero ellas desafían ese «sentido común» desde principios simples que cuestionan la política económica y hacen visible el manejo funcional de las variables macroeconómicas. En definitiva, perciben una gramática política en todo lo que les ocurre. Las mujeres desafían la «inevitabilidad» de las medidas económicas, el sentido común que dice que las cosas son así porque «el mercado» es así.

Dijo una de ellas:

«Hay que tratar de que la gente vote bien... que no tengan mayoría. Si se consigue cambiar el orden de diputados hay algunos de la oposición que tienen proyectos de refinanciación... pero ellos tienen mayoría. Hay que presionar, presionar, molestarlos, no dejarlos tranquilos...» (entrevista en la Plaza, 7-3-97).

Es decir, saben que las soluciones están en el orden de lo político y no en el plano económico, como los funcionarios intentan sostener. Aunque algunas de ellas no confían demasiado en los partidos de la oposición, saben que algunos de ellos son sus posibles aliados en esta lucha. El posible cambio de la composición del Congreso nacional en octubre de este año (1997) es una esperanza, ya que la mayoría absoluta del justicialismo legitima la política económica vigente. Ese cambio en la composición del Congreso, sospechan las mujeres de campo, herirá esa legitimidad. También saben, y lo comentaban en la Plaza de Mayo, que este año, hasta las elecciones, podrán negociar.

Las demandas del MML

El 22 de septiembre de 1995 por primera vez se reúne la Asamblea Nacional de Mujeres Agropecuarias en Lucha en Santa Rosa, La Pampa. En ese acto se establecen claramente las principales demandas de las mujeres:

1) Suspender embargos y/o ejecuciones en forma inmediata y proceder al congelamiento de los juicios en trámite.

2) Que se analice la legitimidad de las deudas acumuladas desde su origen y se acelere la reconversión del sistema financiero.

3) Refinanciación de todos los créditos en pesos y a tasas internacionales y sobre la base de las garantías ya existentes, englobando todas las deudas con plazos no inferiores a 20 años y dentro de las condiciones de cada producción. Que se favorezca con nuevos créditos que permitan seguir produciendo.

4) Que se reanalice la situación creada para muchos productores que recibieron la Cédulas Hipotecarias Rurales, ante su imposibilidad de pago y la refinanciación inadecuada que ofrece el Banco de la Nación Argentina a tasas elevadas y con refuerzos de garantías. Se solicita en consecuencia un plazo no inferior a diez años y tasas iguales a la de las Cédulas Hipotecarias Rurales.

5) Reconsiderar la normalización de cuentas corrientes bancarias para rehabilitar y recuperar las cadenas de pago.

6) Favorecer en definitiva un urgente arreglo de los deudores de la producción evitando que se malvendan nuestros bienes a terceros que gozan muchas veces de créditos blandos y a largo plazo. Se evitará así provocar liquidaciones judiciales o autoejecuciones de los productores, que deprimen cada vez más el valor de los bienes, en perjuicio inclusive de quienes, sin sufrir las angustias de ventas compulsivas, ven mermar día a día el valor de su patrimonio.

7) Se analice la disminución y simplificación de la carga tributaria, atendiendo a la crisis económica de las PyMEs (Pequeñas y Medianas Empresas) y se refinancien a largo plazo las deudas fiscales y/o previsionales. Que se elimine, en consonancia con la grave situación financiera, el IVA de los intereses.

8) Apoyar las iniciativas de legisladores que impulsan leyes de alivio financiero y reclamar al resto de nuestros representantes en los niveles nacional, provincial y municipal su ferviente apoyo en defensa del interior del país y de la producción. Sancionar una ley antimonopolio es parte de ese apoyo.

9) Reclamar una mejor disposición

del Poder Judicial a defender la revisión de injusticias y abusos del sistema financiero y/o fiscal.

10) Las únicas barreras que se reconocen son las sanitarias y se rechazan totalmente las arancelarias, como se pretende imponer en algunas zonas de economías regionales.

11) Desgravar aquellos insumos básicos de origen extranjero.

12) Que se reformen y dinamicen las leyes sobre emergencia climática que afecta a la producción para que sirvan como alivio al endeudamiento impositivo y/o previsional, además del financiero.

13) Que se propicie la creación de un Ministerio Nacional exclusivamente dedicado a la producción.

14) Implementar políticas nacionales y provinciales que atiendan dentro de las economías regionales a cada zona con sus necesidades particulares de desarrollo económico, tecnológico, de mercados y crediticio.

15) Que el ISSARA (institución del seguro social de los hombres de campo) vuelva a ser una obra social útil al servicio de los trabajadores rurales.

Como puede apreciarse, el petitorio aprobado en la asamblea constitutiva de las MML pone el acento en el endeudamiento, el tema central de la jornada de discusión. Explicó una representante bonaerense:

«...Todas estamos en una situación terminal, el sector está en una situación terminal de la que no puede salir si no se los ayuda» (*La Arena*, 22-9-95, pág. 17).

No se quedan con los argumentos que enfatizan la mala suerte por malas cosechas o precios internacionales en baja, o que se hayan rea-

lizado malas inversiones de capital en sus predios. A lo que apuntan las mujeres es a una crítica de la política agropecuaria. Y a medida que el movimiento avanza y crece, esta crítica se extiende a la política económica en el nivel nacional. En este sentido, logran superar uno de los escollos más difundidos del discurso oficial en estos tiempos: que si les iba mal era por culpa propia, individualmente.

Estas demandas de las MML no son muy diferentes a las que plantean otros movimientos agrarios en la región, lo cual refleja el modo en que sus demandas representan el sentir más generalizado que tiene el sector en su globalidad. Por ejemplo, la Asamblea Multisectorial de Coronel Pringles solicitó en su reunión del 28 de febrero de 1997:

«Que el Banco de la Provincia de Buenos Aires amplíe... las refinanciamientos aplicadas por ese banco... (a) todas las deudas exigibles por el banco, incluidas las que ya tienen sentencia judicial, aplicando para la determinación total de la deuda a refinanciar una tasa de interés del 8% anual... manteniéndose la misma tasa en la refinanciación solicitada, eximiendo al deudor de los intereses punitivos y compensatorios adeudados al momento de la refinanciación, reduciendo en un 50% los honorarios judiciales si los hubiera... se solicita la suspensión de toda medida judicial ya iniciada o/a iniciarse, y el otorgamiento de nuevos créditos para la

iniciación de los trabajos» (documento de la Asamblea).

Vale la pena señalar otro elemento de fundamental importancia inherente a las demandas que plantean las mujeres agropecuarias. Se trata de una crítica en profundidad del sistema financiero argentino, con sus prácticas que se acercan a situaciones absurdas. En efecto, el MML es uno de los pocos movimientos de protesta que pone el acento en la crítica al sector financiero, un notable beneficiario de la política económica global.

¿Por qué fueron las mujeres?

Una última reflexión acerca del MML tiene que ver con el interrogante sobre el género de sus protagonistas. Por qué las mujeres, por qué frente a una situación límite donde peligran la vivienda, el trabajo, el futuro, las mujeres reaccionan tan enérgicamente. Por qué deciden salir al espacio público y apelar a la condición femenina: convocar a otras mujeres, elegir el Día Internacional de la Mujer para abordar el gran espacio político nacional: la Plaza de Mayo².

En este punto es donde quisiéramos relacionar las demandas económicas como la suspensión de los remates, el cambio de política agraria, etc., con otras demandas no explicitadas a los banqueros y martilleros pero sí transmitida a la población urbana: la elección de una forma de vida.

Joaquina Moreno nos decía que en su marido, un periodista mendocino, había encontrado a un compañero con quien podía pasar largas temporadas en el campo sin importarles el mundo: compartían una forma de vida. Una integrante del movimiento de la

2. Recordemos que otras mujeres —las Madres de Plaza de Mayo— todos los jueves, desde hace 20 años, hacen sus rondas y elevan sus voces reclamando justicia.

provincia de Buenos Aires nos relataba la vida familiar en un pueblo bonaerense donde ella es maestra de escuela y los hijos cursan el colegio primario y secundario, mientras el marido va todos los días al campo. Pero durante los fines de semana todos acompañan al agricultor a la explotación y trabajan, hasta los más pequeños, en casi todas las tareas.

En efecto, todas ellas nos transmiten en sus relatos un modo de vivir **diferente** al de las grandes ciudades, más duro tal vez, con menos comodidades, con más trabajo, pero construido por ellos. Defienden no sólo un «mundo social» —con una forma de insertarse en la producción, de pelear los ingresos y el destino de la descendencia— sino también un «mundo de vida». En este último sentido sus apelaciones cobran una relevancia acorde con los códigos de final de siglo. La fuerza de sus demandas proviene del peligro de perder una identidad social, pero también personal, que las acompañó a lo largo de sus vidas.

La fuerza de la pelea que dan estas mujeres que ganaron el espacio público proviene, a nuestro entender, no sólo de un conflicto económico por la permanencia en la producción sino por asegurarse un modo de utilizar el tiempo y el espacio geográfico así como un modo de construir la vida cotidiana. Apelan a la imagen cultural de la espontaneidad y simpleza de las necesidades primarias: la familia, el cuidado de los hijos, de la tierra y de sus frutos. Aparece en sus discursos una identificación con la tierra, con su fertilidad y con la posibilidad de cubrir las necesidades de las descendencias (propias y sociales).

Melucci (1980), quien sin duda es uno de los pensadores más notable

de los nuevos movimientos sociales, sostiene que en ellos existe una utopía regresiva, comunitarista, en oposición a la racionalidad del aparato de dominación neoconservador. Lo común, dice Melucci, es que las consideraciones básicas del movimiento sean transcriptas en un lenguaje simbólico sobre el mito global del renacimiento. Por tal motivo, el espacio que separa la construcción de apelaciones con nuevos sentidos y la nostalgia de los deseos de una «comunidad orgánica», que pueden favorecer nacionalismos autoritarios (la idea de una «patria en venta» que termina en sentimientos xenófobos), es muy corto y peligroso.

El MML tiene una tarea inmediata que es lograr la refinanciación de la deuda agraria, pero además tiene otra que es eminentemente comunicativa: explicar al mundo urbano unos códigos que subvierten la lógica de los que generan la política general de la Argentina. Esta lógica oficial habla de la desaparición de un modelo de agricultura que cofundó el país de los argentinos; esa transformación terminaría (de hecho está sucediendo) con la posibilidad de existencia de una población que vive en zonas rurales tanto produciendo como brindando servicios a las familias de agricultores.

En el proyecto oficial de la «nueva agricultura» participan actores económicos nacionales y «de la globalización» muy poderosos. En tal sentido, la tarea de estas mujeres es hacer visible al gran público la cuota de violencia, de arbitrariedad, de injusticia y de autoritarismo que este proceso adquiere. La pantalla de televisión es el instrumento más adecuado para esta tarea.

Pero nuevamente nos interroga-

mos, ¿por qué ellas? Escuchemos ahora a las protagonistas:

«Yo creo que en el fondo los hombres son más tímidos... Las mujeres estamos un poco escudadas, yo vengo acá —por ejemplo—, vengo acá a hablar y la policía no me va a pegar. A lo mejor el hombre tiene miedo, tiene miedo de tener problemas. También tienen miedo al ridículo. Yo, como estoy muy segura de mí misma, entonces si hago el ridículo con los años que tengo..., de joven tenía terror, ahora con la edad que tengo si digo una cosa que es ridícula sé como arreglarla, o por lo menos creo... A mí me gusta mucho el campo, adoro el campo...

«Los hombres estaban resignados, como quien dice, no sabían qué hacer. Yo había ido a muchas reuniones de la Federación Agraria (recuerda que "yo soy productora agropecuaria»), allí las mujeres no iban... los hombres nos dicen que somos un movimiento más puro, ¿qué raro no?, que somos más genuinas, nos tienen más confianza porque no estamos burocratizadas» (entrevista a Joaquina Moreno, 7-3-97).

«Los hombres siempre han estado en la lucha, pero les cuesta reconocer lo que pasa, en cierta medida sienten que han fracasado. Diría que se sienten como culpables porque siempre el hombre mantuvo a la familia y en estos momentos ven que no pueden seguir (...)

«Mi familia lo tomó bien; si las familias no nos apoyan, ninguna mujer podría haber salido así... Hay gente que a mí me ha dicho que está contenta de que seamos las mujeres las que estamos defendiendo el campo, ya que hasta ahora no plantearon tan directamente la cuestión como lo hemos hecho las mujeres» (entrevista a María Angélica Rebollo, *La Arena*, 1-10-95).

Es frecuente encontrar un imaginario acerca de la vida rural que ubica a la mujer como «pasiva», «sin opciones», «conservadora» y «reproductora de un orden social jerarquizado». Los modos como se desarrollan las relaciones sociales —de género, generacionales, entre socialmente desiguales, entre trabajadores y patrones— registran en la Argentina sus particularidades regionales. Aunque los grandes cambios institucionales en el nivel nacional han sido decisivos en las transformaciones de tales relaciones (las leyes laborales, la ley de divorcio, los derechos de mayoría de edad a los jóvenes, derechos de las mujeres, etc.) las traducciones regionales de tales avances se manifiestan en un mapa heterogéneo en relación con las situaciones de género (véase Giarracca, N., 1997).

Por tales motivos, estas iniciativas femeninas tienen que ver, a nuestro entender, con un clima cultural general que ubica a las mujeres en la vanguardia de los reclamos sociales, más que con condiciones que emanen de la agricultura o de la localidad.

Dicho de otra forma: no son los problemas específicos de la producción agropecuaria o una inserción social femenina con rasgos locales los aspectos que pueden ayudarnos a responder el interrogante de por qué las mujeres. Estos aspectos esclarecedores hay que buscarlos en la circulación globalizada de un discurso que ubica a las mujeres en paridad con los hombres para luchar por ciertos derechos; para ser escuchadas; para interpelar a los poderes en sus intentos de cerrar una pluralidad de modos de vivir e imponer

un mundo homogeneizado y controlado. En tal sentido, la decisión de estas mujeres de tomar el 8 de marzo como fecha de presentación anual

en el escenario nacional, cuando llegan con sus reclamos y sus tractores, es de un simbolismo digno de tomar en consideración.

Bibliografía

- Archetti, E. y Stölen, K.: *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, 1975, Siglo XXI.
- AAG de La Pampa (Asociación Agro-Ganadera de La Pampa): "Necesidad y lineamientos de una ley de refinanciación de deudas de los productores agropecuarios pampeanos", Informe, 1996, Argentina, Trabajo mimeografiado.
- CONINAGRO (Confederación Intercooperativa Agropecuaria Cooperativa Ltda.): "Indicadores Agropecuarios", Año V, N° 53, 59, 60 y 62, abril, noviembre, diciembre 1996 y febrero 1997, Argentina.
- Furman, Rubén: «Mujeres Agrarias en lucha. El río de Lucy», 1997, Argentina. Trabajo mimeografiado.
- Giarracca, N. y Teubal, M.: «El día en que la Plaza de Mayo se vistió de campo», en Teubal, Miguel: *Globalización y expansión agroindustrial*, Buenos Aires, 1995, Ed. Corregidor. Publicado también en *Realidad Económica* 118, Bs. As., 1993
- Giarracca, Norma: «El trabajo invisible de las campesinas tucumanas: un intento de reflexión», en *Actas de las IV Jornadas de Historia de la Mujeres y Estudio de Género*, Tucumán, 1997, Universidad Nacional de Tucumán (en prensa).
- Giddens, Anthony: *La Constitución de la Sociedad*, Buenos Aires, 1995, Amorrortu Editores.
- Melucci, Alberto: «The New Social Movements: a Theoretical Approach», en *Social Science Information*, N° 19.2, 1980, EUA.
- Melucci, Alberto: «Frontier Land: Collective Action between Actors and Systems», en Diani, Mario y Eyerman, Ron: *Studying Collective Action*, Londres, 1992, SAGE.
- Tilly, Charles: «The Contentious French: Four Centuries of Popular Struggle», Harvard, 1986, Harvard University Press.

Otras fuentes

- Periódicos: *Clarín*; *La Arena*; *Revista Viva*.
Entrevistas de marzo de 1997.
Discursos públicos en el acto del 7-3-1997, Plaza de Mayo, Buenos Aires.
Censo Nacional Agropecuario, 1988.